

OCTAVIO PAZ

Generaciones  
y semblanzas

Dominio mexicano

EDICIÓN  
DEL AUTOR

Círculo de Lectores



Fondo de Cultura Económica, 1994.

## Estela de José Juan Tablada

El día 2 de agosto de 1945 murió el poeta mexicano José Juan Tablada. Murió aquí, en Nueva York<sup>1</sup>, en esta ciudad a la que amó tanto y en la que escribió algunas de sus mejores crónicas, algunos de sus más intensos poemas. Hace apenas un mes que el poeta murió y, al volver la mirada hacia atrás, hacia ese 2 de agosto de su muerte, se tiene la sensación de que se trata de algo que pasó hace ya mucho tiempo. Todo, hasta los muertos, envejece ahora más pronto. No es extraño; hemos estado sujetos a tantas alternativas, a tantas presiones diversas, que el tiempo ha dejado de fluir con su velocidad normal. Hay días que son meses, meses que son años. Y este último mes –el mes de la bomba atómica, de la derrota japonesa y de la paz universal– ha estado tan lleno de vida pública que todo lo otro, el vivir y el morir de cada día, como que ha perdido relieve, como que no encuentra espacio ni sitio: la historia universal lo llena todo. ¡Cuántas cosas en cuatro semanas! Sin embargo, Péguy decía: «Homero es nuevo cada mañana y no hay nada más viejo que el periódico de ayer». La noticia de la muerte de Tablada nos puede parecer un hecho distante, sepultado entre otras fechas, y su muerte puede confundirse, envejecer, arrugarse como se arrugan las noticias de todos los periódicos, pero ¿su poesía?

La poesía de Tablada no ha envejecido. No es una noticia sino un hecho del espíritu. Y al leerla nos parece que el poeta no ha muerto; ni siquiera que la escribió hace ya muchos años. Viva, irónica, concentrada como una hierba de olor, resiste todavía a los años y a los gustos cambiantes de la hora. Resiste a la noticia de su muerte. Cada lector, si la lee con simpatía, puede volver a vivir la aventura del poema y arriesgarse a jugar al juego de imaginación que el poeta le propone, sonriente. Y si lee con pasión acaso encuentre nuevas soluciones a los viejos enigmas poéticos, como el hallazgo inesperado en una caja de sorpresas. Porque la obra de José Juan Tablada es una pequeña caja de sorpresas de la que surgen, en aparente desorden, plumas de aves-

1. Palabras pronunciadas en un homenaje a Tablada, celebrado en Nueva York el 3 de septiembre de 1945.

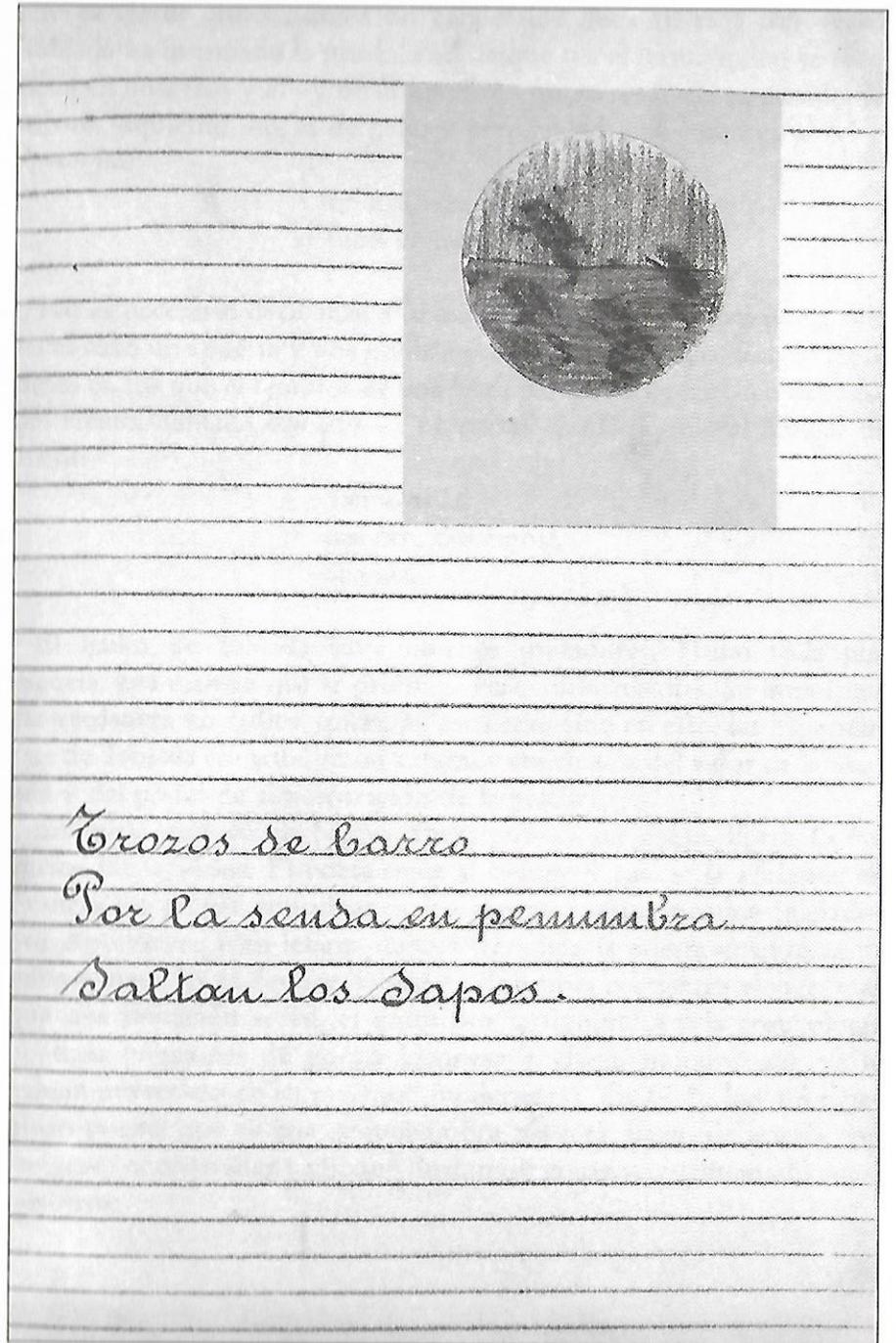
truz, diamantes modernistas, marfiles chinos, idolillos aztecas, dibujos japoneses, una calavera de azúcar, una baraja para decir la buena ventura, un grabado de «La Moda de 1900», el retrato de Lupe Vélez cuando bailaba en el Teatro Lírico, un lampadario, una receta de las monjas de San Jerónimo que declara cómo se hace la conserva de tejocotes, el arco de Arjuna... fragmentos de ciudades, de paisajes, de cielos, de mares, de épocas. Cada poema encierra muchas riquezas, muchas alegrías, si el lector sabe mover el resorte oculto. Y nunca se sabe cuál será la sorpresa que nos aguarda: si el diablo que nos guiña el ojo, el payaso que nos saca la lengua o una rosa que es una bailarina. ¿Quién sabe en qué colores reventará el cohete y si será verde o amarilla su lluvia, cuando en las noches de feria lo vemos subir al cielo?

Tres poetas –Tablada, Ramón López Velarde, Enrique González Martínez– influyeron considerablemente en los jóvenes de su tiempo. Cada uno de ellos representa una tentativa distinta y sus obras nos muestran los frutos de diversas experiencias. González Martínez simboliza la prudencia clásica: nacido, poéticamente, en el mediodía del modernismo, lo interroga y le injerta una conciencia moral. González Martínez no rompe con el lenguaje modernista; atenúa sus excesos, vela sus luces, pero se sirve de sus mismas palabras para advertirnos de su falsedad. Y así, eliminando lentamente lo superfluo, ejercitando un gusto inteligente cuando adopta alguna novedad, su obra se ha ido desprendiendo del pasado, no para lanzarse al futuro, sino para inmovilizarse, severa y melancólica, como una estatua noble en un jardín de las afueras. La unidad y la constancia –que son las virtudes de los ríos serenos– dan a su obra una fluidez navegable, que nunca se interrumpe y nunca se contradice. López Velarde y Tablada, en cambio, negaron al modernismo en el lenguaje y no sólo en el espíritu. Ellos representan la curiosidad, en tanto que González Martínez simboliza la meditación moral. Pero ¡qué distintas aventuras la de López Velarde y la de Tablada! Mientras el poeta de Zacatecas se siente atraído por la aventura interior, hacia dentro de México y hacia dentro de sí mismo, Tablada experimenta la fascinación del viaje, de la fuga: fuga de sí mismo y fuga de México. Viajes: doble París, uno visto con los ojos de Baudelaire y el simbolismo, otro dadaísta y picassiano; un Japón modernista y otro más profundo y ascético, donde Bashō dialoga con el árbol y consigo mismo; Nueva York de día y de noche; Bogotá, China, India y un México de fuegos de artificio. Viajes en el espacio y

viajes en el tiempo, viajes hacia el pasado y hacia el futuro, pero sobre todo viajes hacia el presente. Su espíritu curioso siempre estaba en acecho de lo que iba a llegar, siempre en espera de lo inesperado. Su poesía tiende a lo inminente. En esta sensibilidad tan ávida para lo temporal reside, quizá, el secreto de la juventud de su obra y, también, una de sus más obvias limitaciones. Siempre dispuesto a tomar el tren, Tablada es el poeta pasajero, el poeta de lo pasajero.

Tablada inicia su prodigiosa vuelta al mundo de la poesía desde el modernismo. En esta escuela de baile literario se da a todos los excesos de la palabra. Su poesía, con antifaz negro, cruza el carnaval poético de fin de siglo, adornada de piedras dizque raras y declamando pecados suntuosos. Pero el disfraz lo cansa y apenas el modernismo se ha convertido en una feria vulgar, se despoja de sus ropajes recamados. ¿Tentativa de desnudez? No, cambio de traje. De su pasado modernista no conserva ninguna huella visible, excepto el gusto por la palabra. (La poesía del período modernista, en cambio, sí conserva las huellas del paso de Tablada: algunos poemas muy característicos, muebles para el museo de la época.) En 1919, en Caracas, desterrado, cuando casi todos los poetas de habla española seguían pensando en la poesía como un ejercicio de amplificación, publica un pequeño libro: *Un día*, poemas sintéticos. En 1922, en Nueva York, otro: *El jarro de flores*. Se trataba de poemas de tres líneas, en los cuales, más que apresar un sentimiento o un objeto, el poeta abría una ventana hacia una perspectiva desconocida. Con estos dos libros Tablada introduce en lengua española el haikú japonés. Su innovación es algo más que una simple importación literaria. Esa forma dio libertad a la imagen y la rescató del poema con argumento, en el que se ahogaba. Cada uno de estos pequeños poemas era una pequeña estrella errante y, casi siempre, un pequeño mundo suficiente. Años más tarde otros poetas descubrirían el valor de la imagen, aislada de la rima y de la lógica del poema: pero mientras que para ellos cada imagen era una flecha lanzada hacia un blanco desconocido o las cuentas sueltas de un collar, para Tablada cada imagen era un poema en sí y cada poema un mundo de relaciones imprevistas, profundo y límpido a la vez. Cuando retrata a un mono en tres líneas:

El pequeño mono me mira.  
Quiere decirme  
algo que se le olvida,



Poema manuscrito y dibujo de José Juan Tablada, de su libro *Un día...*

¿no es cierto que sentimos un escalofrío? Pues en esos tres versos Tablada ha insinuado la posibilidad de que sea el mono quien se reconoce en nosotros y él –y no el hombre– quien recuerda su pasado. La misma inquietud, hecha de gozo y perplejidad, nos embarga al releer *Insomnio*:

En una pizarra negra  
suma cifras de fósforo.

No es necesario decir más. No es que esté dicho todo: el poeta sólo ha abierto una puerta y nos invita a pasar. Como en esos dibujos japoneses en los que el temblor de una línea parece recoger el eco del paso del viento, Tablada nos entrega un paisaje verde líquido al dibujar un árbol:

Tierno saúz,  
casi oro, casi ámbar,  
casi luz.

El haikú de Tablada tuvo muchos imitadores. Hubo toda una escuela, una manera que se prolonga hasta nuestros días. Su importancia verdadera no radica, quizá, en esos ecos sino en esto: las experiencias de Tablada contribuyeron a darnos conciencia del valor de la imagen y del poder de concentración de la palabra.

En 1920, también en Nueva York, publica un nuevo libro: *Li-Po*, versos ideográficos. El poeta sigue al tiempo y casi se le adelanta: en Francia los poetas continuaban los juegos y experimentos iniciados por Apollinaire y en lengua inglesa triunfaba la poesía imaginista. A unos y otros les es deudor Tablada y de ambas corrientes recoge, más que una imitación servil, el gusto por la tipografía y la arqueología poéticas (versiones de poesía japonesa y china, mundos que ya le habían interesado en su juventud modernista). En *Li-Po* hay un ingenioso poema que es una pequeña obra maestra, juego de poesía con imágenes encontradas y choque final, muy pocas veces intentado entre nosotros:

— 2 —  
NOCTURNO ALTERNO

*Neoyorquina noche dorada*  
fríos muros de cal moruna

*Rector's champaña, fox-trot,*  
casas mudas y fuertes rejas

*y volviendo la mirada*  
sobre las silenciosas tejas

*el alma petrificada*  
los gatos blancos de la luna

*como la mujer de Lot*

*Y sin embargo*

*es una*

*misma*

*en Nueva York*

*y Bogotá:*

*¡la luna!*

Todos estos cambios no fueron sólo piruetas sino la expresión de un espíritu siempre curioso e insaciable. Don Juan de la Poesía, cada aventura lo estimulaba a una nueva fuga y a una nueva experiencia. Sus gustos cambiaban, no su objeto: no estaba enamorado de una poética cualquiera sino de la misma poesía. Dotado de fantasía y de un inagotable entusiasmo estético —que se manifiestan también en sus crónicas y en sus críticas de arte— ninguna novedad le era ajena. «Las pirámides son los gorros de dormir de los faraones», dice en un prólogo firmado en 1918, en una adivinación de la greguería. Él mismo se define: «Todo depende del concepto que se tenga del arte; hay quien lo cree estático y definitivo; yo lo creo en perpetuo movimiento. La obra está en marcha hacia sí misma, como el planeta, y alrededor del sol». En marcha hacia sí mismo y alrededor del sol, siguiendo la órbita trazada por López Velarde, regresa a México, al cabo de los años. El México que

descubre ya no es el afrancesado del porfirismo sino el rescatado por la Revolución y sus músicos, sus pintores y, sobre todo, por López Velarde. También lo reconoce generosamente en su *Retablo*:

Poeta municipal y rusticano  
tu Poesía fue la Aparición  
milagrosa en el árido Peñón  
entre nimbos de rosas y de estrellas  
y hoy nuestras almas van tras de tus huellas  
a la Provincia, en peregrinación.

El México de *La feria* (Nueva York, 1928) no es una patria íntima y sonámbula sino externa y decorativa. México de alarido y de color, barroco y popular, de 15 de Septiembre y de piñata de posada. México indio y mestizo, enmascarado como un sacerdote azteca, delirante como el borracho y el cohete, esos gemelos del mitote. México de ballet. El poeta canta al mole eclesiástico y sombrío, a la alegría de los «pollos dorados entre verdes lechugas», al loro que «es sólo un gajo de follaje con un poco de sol en la mollera», al canto del gallo que «arroja al cielo las onzas del siete de oros», al ídolo en el atrio, a las campanas de la torre, al volantín, a todo lo que en México danza o salta, aúlla o canta, gira o brilla. Mas no lo ciegan los colores en algarabía, ni lo ensordecen los músicos y los gritos; también es capaz de oír el silencio de la meseta y en ese silencio percibir el misterio de las viejas mitologías:

En mitad de la llanura  
hay una roca  
que va tomando la figura  
del gran brujo Tezcatlipoca

Homenaje a la Revolución mexicana, graba a punta seca este pequeño cuadro:

«Justicia de los humanos»  
con azogado gris  
la luna escribe en los pantanos;  
y un cadáver aprieta entre las manos  
sendas mazorecas de maíz.

Se le reprocha una falta de unidad que nunca buscó. La unidad, en él, reside en su fidelidad a la aventura. En cambio, ¿cómo no ver en su poesía otras virtudes: la curiosidad, la ironía, el poder de concentración, la agilidad, la renovada frescura de la imagen? ¿Y cómo olvidar que este poeta, que todos juzgan tan afectado y literario, fue el único entre nosotros, hasta la aparición de Carlos Pellicer, que se atrevió a ver con ojos limpios a la naturaleza, sin convertirla en símbolo o en decoración? Su infinita simpatía por los animales, los árboles, las yerbas o la luna lo llevan a descubrir la vieja puerta condenada durante siglos: la puerta que nos abre la comunicación con el instante. En sus mejores momentos la poesía de Tablada es un milagroso acuerdo con el mundo. ¿Seremos tan insensibles a la verdadera poesía que ignoremos al poeta que ha tenido los ojos más vivos y puros de su época y que nos ha mostrado que la palabra es capaz de reconciliar al hombre con los astros, los animales y las raíces? La obra de Tablada nos invita a la vida. No a la vida heroica, ni a la vida ascética, sino, simple y sencillamente, a la vida. A la aventura y al viaje. Nos invita a tener los ojos abiertos, a saber abandonar la ciudad natal y el verso que se ha convertido en una mala costumbre, nos invita a buscar nuevos cielos y nuevos amores. «Todo está en marcha –nos dice–, en marcha hacia sí mismo.» Y, ya lo sabemos, para volver hacia nosotros mismos es necesario salir y arriesgarse.

Nueva York, agosto de 1945

«Estela de José Juan Tablada» se publicó en *Las peras del olmo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1957.

### Alcance: *Poesías* de José Juan Tablada

El Centro de Estudios Literarios de la Universidad Nacional se ha encargado de la edición de las *Obras* de José Juan Tablada. El primer volumen, *Poesías completas*, apareció en diciembre pasado (1971). Héctor Valdés es el autor de la recopilación, el prólogo y las notas. Un trabajo ejemplar: el joven investigador ha recogido muchos poemas desconocidos, unos perdidos en publicaciones sueltas y otros inéditos. Con todo ese material ha podido añadir dos títulos a la bibliografía de Tablada: *Poemas dispersos e Intersecciones*. El primero contiene la poesía temprana (1888-1914); aunque esos poemas están dentro del gusto modernista de *Florilegio*, el poeta no los incluyó en este libro. *Intersecciones* reúne poemas tomados de «libros, manuscritos y publicaciones periódicas» y es un intento por dar «una forma más o menos estructurada a lo que fue el proyecto más ambicioso del poeta: un libro que contuviese su última producción poética, ajustada a las ideas filosófico-religiosas que surgieron de su estudio de la teosofía». A despecho del loable empeño de Héctor Valdés, *Intersecciones* carece de esqueleto; no es un libro sino una pila de poemas de valor desigual. Algunos son borradores y los que no lo son repiten, sin superarlos, otros momentos de su poesía. La verdad es que después de *La feria* (1928) hay una baja de tensión poética en la obra de Tablada.

La impresión que deja este volumen de 626 páginas es contradictoria: abundancia y escasez. Abundancia de poemas bien hechos pero insignificantes. Gran parte de la obra de Tablada es prescindible. Cierto, en casi todo lo que escribió hay facilidad, brillo, ingenio. Una maestría poco original: primero, las recetas modernistas, en sus dos vertientes, la parnasiana y la simbolista; después, la receta postmodernista de Lugones. Hasta 1918, Tablada fue un adaptador inteligente de las modas y modos de su época. En 1919 publica *Un día* y en 1920 *Li-Po y otros poemas*; en esos libros recoge ciertas tendencias francesas y norteamericanas entonces en boga –poesía japonesa, *imagism*, ideogramas de Apollinaire– pero las hace realmente suyas y crea con ellas una obra intensamente personal. Así se adelanta a su tiempo: Tablada es uno de los iniciadores de la vanguardia en nuestra lengua.

En el libro de Valdés aparecen varios Tabladas poco conocidos. Uno

de ellos es un retórico más bien antipático, autor de *La epopeya nacional*, larga y tediosa composición dedicada a Porfirio Díaz. Un poema deplorable no por el tema —se puede ser reaccionario y buen poeta— sino por el servilismo: la poesía no está reñida con el error sino con la indignidad. La prueba es que más tarde Tablada escribió algunos poemas cortos contra la Revolución que se salvan por su gracia y su valentía. Y uno de sus mejores poemas, *El caballero de la yerbabuena*, está envuelto en la atmósfera alucinante, entre grotesca y terrible —mariguana, soldados, alcohol—, de las noches revolucionarias en la provincia, tal como la vivían los civiles. «¿Quién vive? Grita la boca brutal del cuartel. / ¿Quién vive? ¿Quién muere? ¡Quién sabe!». Hay que comparar este extraño poema con uno de López Velarde no menos «reaccionario», *El retorno maléfico*, para apreciar en su verdadero valor la originalidad de Tablada, su humor y lo que habría que llamar su sentido *chispeante* de la vida —y la muerte.

*El caballero de la yerbabuena* nos lleva al otro Tablada, al autor de un puñado de breves poemas que todavía conservan intacta la frescura del primer día. Tablada es uno de los mejores poetas de su época y se encierra en cuatro delgados libros publicados entre 1919 y 1928: *Un día*, *Li-Po y otros poemas*, *El jarro de flores* y *La feria*. No todos los poemas de esos cuatro libros sobreviven. Por ejemplo, los caligramas de *Li-Po* sólo pueden interesarnos como curiosidad literaria. No importa: hay en ese libro un poemita que es uno de los más intensos y sorprendentes de la poesía moderna: *Nocturno alterno*. Sobre Tablada como introductor del haikú en nuestra lengua nada nuevo puedo decir; me contento con repetir que muchos de esos poemas siguen siendo nuevos con la novedad antiquísima de la verdadera poesía. En cambio, habría que decir algo más acerca del poeta de *La feria*. Merece ser leído con otros ojos, es decir, no como un mero epígono de López Velarde. La sensualidad de Tablada es más alegre y colorida que la de López Velarde; en su poesía hay mayor atrevimiento y, si menos hondura, hay más fantasía. La presencia del mundo indígena —alternativamente seductora y repelente— es constante en Tablada mientras que en López Velarde apenas si aparece. La visión de Tablada es más rica y variada: su México es más grande (el mar y los trópicos que no conoció López Velarde) y más antiguo (los dioses indios). Su fauna es prodigiosa: loros, gallos, armadillos, zopilotes, iguanas, camaleones, tortugas, tecolotes, quetzales, toninas. El ojo de

Tablada posee una precisión extraordinaria y por eso son memorables las líneas en que recrea lo instantáneo: el revoloteo de las plumas verdes entre las ramas, la raya amarilla del cohete en el cielo nocturno, el sol al clavarse en la ola, la luna fija sobre la cal del muro —reflejos, reverberaciones, espejos. Lo que no se ha dicho es que sus otros sentidos —sobre todo el olfato y el gusto— se abrían al mundo con la misma intensidad y sensualidad. Los poemas de *La feria* no sólo son imágenes visuales: son pequeños universos de olores y sabores. Hay que leer *El figón*, elogio a los moles verdes, prietos y colorados, a los pulques de tuna solferinos y las cocadas de fuego. Sólo en la poesía de Alfonso Reyes la cocina alcanza parecido rango estético. Pero la cocina de Reyes es europea mientras que la de Tablada es criolla, virreinal y precolombina. Sería inútil buscar entre los poetas contemporáneos —con la excepción de Lezama Lima y sobre todo de Neruda, gran poeta del apio, la alcachofa y el vino— poemas gastronómicos de semejante esplendor verbal. ¿Es poco? Es muchísimo.

La edición de Héctor Valdés no merece sino elogios. Tal vez las notas podrían mejorarse. Un ejemplo: en el poema dedicado a Puebla (*La feria*) hubiera valido la pena indicar que el «Sánchez Onagro» que provoca la ira de Tablada es el general revolucionario Guadalupe Sánchez. Asimismo, el excelente prólogo habría ganado si Valdés hubiese situado a Tablada en el contexto que le corresponde: la poesía hispanoamericana moderna. Sobre esto quizá sea bueno recordar que, a imagen de su poesía, su fortuna literaria ha sido como la montaña rusa: bruscas bajadas y subidas. En el período modernista fue considerado un poeta distinguido pero menor; más tarde Lugones lo elogió pero Henríquez Ureña y Reyes lo desdeñaron; López Velarde lo admiró pero Villaurrutia lo llamó la Eva de la poesía mexicana (Velarde era el Adán); murió casi olvidado pero el mismo año de su muerte (1945) un artículo mío inició el período de revaluación y desagravio. Hoy la crítica hispanoamericana y española empieza a reconocer, aunque con lentitud, que es uno de los iniciadores de la poesía propiamente *moderna* en nuestra lengua. Un hermano menor de Huidobro. Y algo más: Tablada, gracias a unos cuantos poemas, es uno de nuestros verdaderos contemporáneos.

México, a 2 de septiembre de 1972